

XVI.

En donde sigue la misma materia del anterior.

MARTIN no habia creído prudente hacer revelacion ninguna á Doña Esperanza, mientras no tuviera la completa seguridad del reconocimiento de Don Pedro. Otorgado el testamento, y autorizado ya por Mejía para buscar á su hija y conducirla á la casa paterna, pensó que era necesario hablarle.

Doña Esperanza estaba ya firmemente persuadida de que la madre habia perecido entre las llamas, y habia caido en un abatimiento profundo, del que no bastaban á sacarla los consuelos que le prodigaba Martin; porque la mudita no podia sino acariciarla y llorar con ella.

La pobre jóven se miraba enteramente sola sobre la tierra, y Don Leonel no habia vuelto á enviarle ni un recado, porque Don Leonel creia por lo que su padre le habia dicho, que Esperanza era su hermana, y que era necesario ahogar aquella pasion, y en último caso declarárselo todo á ella y huir muy lejos.

Pero Leonel y su padre seguian presos por órden del vi-

sitador, y en su incomunicacion no les era posible saber nada de Esperanza ni de Doña Juana, cuya muerte ignoraban.

Así trascurrieron varios dias, hasta que una tarde Martin habló á la jóven.

—Dad un momento tregua á vuestro llanto—la dijo—y prestadme atencion, que voy á hablaros de un negocio que os interesa altamente.

—¿Qué negocio puede interesarme á mí, pobre huerfana—contestó la jóven—cuando todos los vínculos que me unian con el mundo se han roto?

—No lo creais, aun os queda uno, y muy fuerte.

—¿Leonel?

—Entonces serán dos, y ya veis que no estais tan sola.

—¿Pues de quién quereis hablarme?

—Escuchad: ¿sabeis vos por ventura quién es vuestro padre?

—¿Mi padre?—contestó turbada Esperanza y poniéndose encendida—¿mi padre? murió hace muchos años; aun era yo muy niña y no le conocí.

—Os engañais.

—Caballero!

—Repito, señora, que os engañais; vuestro padre vive.

—Calumniais la memoria de mi madre, y no lo consentiré—dijo levantándose la jóven.

—Oidme un momento con paciencia y quedareis enteramente satisfecha.

—¿Pero qué intentais?.....

—Vuestro bien: oidme y luego me contestareis.

—Bien, hablad.

—Hubo un hombre rico, muy rico, español—dijo Martin—que abusó del candor, de la inexperiencia y del aislamiento en que se encontraba en un tiempo Doña Juana de

Carbajal. Doña Juana fué madre cuando aquel hombre la abandonaba, y la hija de aquel hombre érais vos, señora...

Doña Esperanza quiso hablar, pero Martin continuó:

—No me preguntéis nada sobre los pormenores de todo esto, que es una historia bien larga y muy triste, que pronto leereis escrita toda la parte que con vos tiene referencia, por la misma mano de vuestra madre; básteos por hoy saber que yo soy el único que conoce y que posee ese documento, que la Providencia puso sin duda en mis manos para hacer esta revelacion, de la que ni un instante debeis dudar. Vuestro padre vive, pero en estos momentos está moribundo, y le he hablado de vos; quiere veros, os reconoce, os nombra su heredera, me encarga que os lleve junto á su lecho de muerte: ¿jireis?

—Nunca.

—¿Nunca, Doña Esperanza?

—Nunca: ir á ver al hombre que deshonoró, que hizo la desgracia de mi pobre madre, que la abandonó.....

—Pero ese hombre es vuestro padre, os llama, está arrepentido, y vos no teneis el derecho ni de acusarle ni de juzgarle siquiera.

—Teneis razon, teneis razon; es mi padre!—exclamó sollozando Esperanza.

—Entonces ¿vendreis, señora?

—¿Pero qué seguridad tengo de que sea en efecto mi padre?

—¿Aun dudais? Pues bien, el hombre que os llama, se nombra Don Pedro de Mejía.

—Bien, ¿y qué?

—¿Conoceis la letra de vuestra madre?

—Sí, sí—exclamó Esperanza.

Martin se levantó precipitadamente y sacó de un arma-

rio el libro que contenia las Memorias de Doña Juana de Carbajal, buscó el pasaje del nacimiento de la jóven y se lo presentó, diciéndole:

—¿Conoceis esta escritura?

—Sí, es de mi madre, de mi pobre madre—contestó Esperanza, bañada en llanto y besando el libro escrito por Doña Juana.

—Pues leed—dijo Martin—leed; yo os habia querido evitar el dolor de recorrer esas páginas bañadas en llanto, pero vos lo quereis; leed solo por el bien vuestro; no paseis adelante ni comenceis mas atrás: cuando la calma vuelva á vuestro corazon, sabreis toda la historia.

Doña Esperanza comenzó á leer, limpiándose los ojos empapados en llanto, á cada instante.

Martin de pié tras ella, la seguia con la vista en la lectura.

Habia momentos en que la jóven no podia continuar, porque las lágrimas la cegaban, y entonces dejaba el libro y lloraba un largo rato; luego se enjugaba los ojos y volvia á continuar.

Cuando Martin conoció que habia llegado hasta donde debia leer para satisfacerse, puso su mano dulcemente sobre el libro. Esperanza alzó admirada los ojos para verle: absorta en los recuerdos de su familia, habia olvidado á Martin.

—Creo que es ya bastante;—dijo éste—¿para qué quereis martirizaros mas?

—Dejadme concluir.

—No, Doña Esperanza; estais satisfecha de que yo no os engaño: dejad para otra vez esa historia que hará sangrar vuestro corazon, tan conmovido en estos momentos; quizá sea hoy la ocasion menos oportuna para entregaros á

esa clase de recuerdos: además, si ese libro tiene que permanecer aquí, ¿para qué esa precipitación en leerlo todo y en estos momentos?

—¿Pero creéis que esté tranquila sin leerlo todo?

—¿Y creéis que en algo os tranquilizará su lectura? Creedme, os lo suplico, y dejad por ahora ese libro: dádmelo.

—Bien; tomadle.

Martin recibió el libro y volvió á guardarle en su caja.

—Ahora—dijo—hablemos de vuestro padre.

—¿De mi padre? ¡Dios mio! despues de lo que acabo de saber.....

—Si Doña Juana viviera ¿os aconsejaria el rencor?

—Imposible.

—Pues bien; haced de cuenta que os habla, que os ve, que sabe que Don Pedro, solo, moribundo, arrepentido, llama á su hija.....

Doña Esperanza lloraba sin contestar.

—¿Qué me decís, señora? ¿debo contestar á vuestro padre que su hija se niega á ir á verle morir, que no cuente mas con ella, que espire solo como ha vivido, solo, que lleve al sepulcro su dolor y su remordimiento?.....

—Oh, no, no!

—Pues en tal caso.....

—Iré á ver á mi padre.

—Dios os premiará.

—¿Y cuándo?

—Mañana.

—¿Mañana?

—Temprano.

.....
Llegó el momento en que Doña Catalina entrase de nuevo á la casa de Don Pedro, conducida por Don Alonso.

La dama se habia vestido y ataviado soberbiamente, á pesar de que entonces los trages de las señoras les cubrian generalmente hasta el cuello: Doña Catalina, por hacer ostentacion de sus bellas formas, llevaba un vestido escotado y casi flotante sobre los hombros, y sus mangas enteramente abiertas colgaban á los lados, dejando ver los brazos hermosamente contorneados.

Como Catalina comprendia que se trataba de excitar el amor de Don Pedro y aumentar su ilusion para apoderarse completamente de su espíritu, habia adoptado aquel trage casi de fantasía, que llevaban entonces no mas las mulatas y las mujeres de costumbres perdidas. Quería estar no solo hermosa, sino seductora y provocativa, y lo habia conseguido.

Don Pedro fué advertido por un lacayo de que Catalina se acercaba; y sentado en su lecho como un espectro, flaco, pálido y moribundo, pero con los ojos brillantes, no apartaba su vista de la entrada por donde debia aparecer Catalina.

Se oyó un ligero ruido, se abrió la puerta, y la dama, arrojando con estudiada indiferencia el velo que la cubria, se presentó radiante de hermosura, y se dirigió precipitadamente al lecho del enfermo.

Don Pedro tendió sus brazos secos como dos raíces, y recibió en ellos á su esposa, que fingia llorar y acariciarlo.

Aquella escena era repugnante: la cabeza encantadora de la jóven, coronada de flores y de brillantes, descansaba sobre el hombro descarnado de Mejía; y la fisonomía pálida y desencajada de éste asomaba á un lado, estampando sus labios descoloridos en la turgente espalda de Catalina.

Parecian un arcángel preso en los brazos de un cadáver.

Cualquier observador imparcial hubiera sin embargo comprendido que Doña Catalina tenia que hacer un terrible es-

fuerzo para permanecer así, y que aquella emocion iba agotando rápidamente la poca vida que le quedaba á Mejía.

Doña Catalina quiso llevar su papel mas adelante, y arrodillándose cerca del lecho, clavó su frente sobre el colchon. Mejía entonces podia solamente mirarle la espalda.

El vestido de la jóven se bajaba entonces de tal manera, que Don Pedro distinguió la mancha roja que tenia Catalina, y una idea espantosa cruzó por su cerebro.

—¡Estela! ¡Estela!—dijo con terror.

La dama levantó el rostro espantada, al notar la emocion de Don Pedro.

—¿Qué tienes?—preguntó.

—¿Qué mancha es esa que llevas en la espalda?

—No te espantes, esposo mio; esa mancha la tengo desde el dia en que nació.

—Estela, ¿y tu madre tiene tambien esa mancha?

—Tambien: ¿pero por qué te asustas?

—Ay, ¡dime, dime por Dios! pero no me engañes, ¿conociste á tu padre?

—¿A mi padre?—preguntó asombrada la jóven y sin saber qué contestar al pronto.

—Sí, á tu padre; no me engañes, por Dios; va en esto la salvacion eterna de tu alma y de la mia.

A pesar de su audacia, Catalina comenzaba á turbarse y á sentirse impresionada á la vez.

—Respóndeme, Estela—agregó, á cada momento mas irritado.—Respóndeme.

—No le conocí.

—¿No le conociste? gritó Don Pedro—¿ni sabes quién es?

—Sí,—respondió temblando ya Catalina;—era un español.

—¿Murió, murió?

—Creo que no, señor.

—Entonces ¿dónde está?

—No sé, porque abandonó á mi madre.....

—Misericordia!—gritó Don Pedro—mi hija!

Y abriendo los brazos, cayó en el lecho como herido de un rayo.

—Socorro, socorro, Don Alonso!—gritó Catalina levantándose como una loca—socorro, socorro!

La puerta se abrió precipitadamente, y Don Alonso, seguido de varios criados de ambos sexos, penetró en la estancia.

—¿Qué hay? preguntó.

—No lo sé, no lo sé; mirad á Don Pedro; aquí hay algo de horrible, de misterioso.....

Don Alonso se precipitó al lecho de Don Pedro, examinó con horror el rostro del enfermo, y despues de un momento de silencio, exclamó solememente:

—Encomendadle á Dios: ¡ha muerto!

Los criados se agruparon curiosamente, Doña Catalina se dejó caer en un sillón, y Don Alonso repitió fatídicamente:

—¡Ha muerto! ha muerto!

En este momento se habia abierto de nuevo la puerta, y un hombre con una dama cubierta se habian presentado; pero al escuchar las palabras de Don Alonso, la dama lanzó un débil gemido y se desmayó.

El que la acompañaba la sostuvo en sus brazos, la retiró un poco y volvió á cerrar la puerta.

Eran Martin y Doña Esperanza. Nadie se apercibió de su llegada ni de su salida.